

## Bendita crisis, maldita profesión.

**Jaime Almansa Sánchez**  
JAS Arqueología S. L. U.  
almansasanchez@gmail.com

El año 2013 nos ha dejado muy buenas muestras políticas del valor de la arqueología. Un diputado valenciano decía orgulloso que su lengua provenía del ibero. Una Consejera presentaba una nueva ley de patrimonio histórico diciendo que el patrimonio es una pesada losa para el desarrollo. Ana Botella aseguraba que su ideología es la que más progreso ha traído a la historia de la humanidad. Yo me pregunto si no estamos malgastando dinero público...

Hace unos días un colega se quejaba de los que piden derechos para los animales cuando aún no hemos alcanzado derechos para los humanos. Yo me empiezo a quejar de toda la arqueología que se practica cuando todavía no hemos sido capaces de transmitir la que se hizo el siglo pasado. Pero, sobre todo, me pregunto por qué trabajamos. Desde que llegamos a la universidad nos adoctrinan con la idea de que la arqueología es muy importante y nos lo terminamos creyendo. En algunas facultades incluso te dan pruebas de su valor identitario y económico. Desde que me dedico a la arqueología pública he podido comprobar que, efectivamente, la importancia va mucho más allá y la arqueología participa de procesos sociales de los que a veces ni nos enteramos. Pero esto no deja de ser una construcción, una consecuencia inevitable de algo que ya estaba en marcha cuando nos paramos a mirar.

Si echamos la vista al pasado, vemos que la arqueología es un resultado más de la curiosi-

dad y, después, de la ciencia. Podemos vivir sin arqueología ni patrimonio arqueológico, pero ya que tenemos tiempo para preocuparnos de esas cosas, lo hacemos. La arqueología siempre ha sido elitista y aún hoy lo sigue siendo en demasiados contextos. Esas élites burguesas que comenzaron a practicarla, tenían una formación humanística que hoy no tienen nuestros políticos y fueron capaces de otorgarle valor a los vestigios de nuestro pasado. Valor se tradujo en interés y protección. Así llegaron las leyes y la profesionalización. Pero hoy ese pasado entra en cuestión ante una realidad muy distinta.

Einstein decía que sólo hay dos cosas infinitas, el universo y la estupidez humana. La física ya habla de universos en plural y pronto pondrá en duda el infinito. La arqueología es una herramienta útil para ponerle límites a la estupidez humana. Ese es el *mantra* con el que me levanto por las mañanas y me pongo a trabajar. A mi el pasado ya no me importa como fin, sino como medio para actuar en el presente. Esa es la razón por la que sigo haciendo arqueología. Pero claro, lo que hago no es arqueología a secas, sino utilizar la arqueología para un fin que no siempre tiene que ver con el conocimiento. ¡Cómo voy a cuestionar la definición clásica! Arqueología se hace porque queremos conocer el pasado, para que lo conozcamos, para quien le interese y con un método riguroso, algunos dirían que científico. Algún compañero terminaría este debate en dos líneas. ¿Por qué necesitamos debatir tanto sobre este tema?

La crisis nos ha traído la quiebra de un modelo en el que estábamos muy cómodos y una bofetada de realidad. Unos pensaban que las obras no iban a terminar nunca y como éramos esenciales en ellas siempre habría trabajo. Otros pensaban que los políticos siempre estarían dispuestos a dar dinero para sacarse la foto ante el primer esto, o el aquello más antiguo. De repente, las obras se terminaron y los políticos recortaron por lo más fácil.

Ahora nos echamos las manos a la cabeza y no nos podemos creer como se va derrumbando todo a nuestro alrededor. No nos creemos que la arqueología ya no le importe a nadie, que los políticos no cumplan con su función, que siempre se recorte por el mismo sitio, que no se escuchen alternativas y que el futuro se vea negro. Pero tenemos lo que nos merecemos, lo que nos hemos ganado en estos últimos años de bonanza. Por eso titulo este texto así. Bendita crisis que ha terminado con un vicio sin precedentes en la destrucción del patrimonio arqueológico. Maldita esta profesión que lo ha permitido.

Si echamos un momento la vista atrás nos encontraremos con la clásica torre de marfil por un lado y con la precariedad absoluta por el otro. Académicos mayoritariamente desentendidos del mundo y absortos en su búsqueda de un conocimiento que no termina de llegar a nadie. Empresarios que aprovechan el exceso (o defecto) de trabajo para cosificar investigadores, convertidos en herramientas para la liberación del terreno. Técnicos desbordados y desmotivados. Estudiantes todo terreno que aceptan la precariedad como salida a la nada. Todos ellos en un contexto social que sigue su vida indiferente ante las barreras que se colocan entre la arqueología y el medio. ¿Era esa la arqueología que queremos?

Bendita crisis que ha terminado con ella y nos ha devuelto a la realidad. Ahora entende-

mos mejor la posición en la que nos encontramos. Como profesionales inútiles, en el sentido más utilitarista del término, buscando su sitio en una sociedad en crisis. Maldita profesión, que ha traducido la presencia de la arqueología en el contexto comercial a una nueva forma de explotación en todos los sentidos y a todos los niveles. Porque profesionales somos todos, no sólo los que estamos en las empresas, y el contexto comercial atañe también a la Academia.

Pero ya estamos en 2014, parece que la fase más dura de la crisis ha pasado y llega el momento de mirar adelante. En estos años de decadencia hemos adquirido unos hábitos poco saludables para una disciplina eminentemente investigadora. Nos hemos enfangado en la rutina de lo que funcionaba, hasta que dejó de funcionar. Entonces llegó el momento de buscar alternativas y comenzaron las modas. La solución a la crisis era la tecnología aplicada al patrimonio.

Tecnología se convirtió en sinónimo de juguete y el juguete se puso de moda. 3D, QR, SIG, Social Media, Dron... esas cosas que algunos empezaban a aplicar antes de la crisis parecían una panacea y se están usando sin ton ni son como fin. Desde luego resulta atractivo decir que se van a hacer ciertas cosas, pero ¿para qué? Esa misma moda llegó al patrimonio y los excavadores se convirtieron en expertos de la puesta en valor, la divulgación y el turismo. Muchos lo han hecho bien, pero entre todos volvieron a saturar un mercado ya de por sí muy limitado en tiempos de crisis, trayendo la precariedad a las modas. ¿Hemos sido alguna vez profesión?

Cuando se echa un ojo a los últimos datos sobre asociacionismo, queda claro que no. Pasa en arqueología y pasa en general. Lo que aún nadie ha estudiado son las causas, debe ser que aún tenemos una fuerte herencia de la dictadura. Cuando surgen los gremios, mucho antes de la

Edad Media, no lo hacen como una forma de competencia sin escrúpulos, sino como una forma de protección y especialización. Ese es el origen de un corporativismo que ha llevado a muchas profesiones a lo que son hoy (medicina, abogacía, o arquitectura, por ejemplo). Todos los intentos de asociacionismo a gran y mediana escala que ha habido en arqueología han resultado en fracaso. Sólo pequeñas asociaciones muy localizadas y con objetivos muy concretos han salido adelante. Es una pena, porque las asociaciones profesionales son una herramienta esencial para la profesionalización. Como ejemplo, el Reino Unido, un entorno más liberal que el español y con unas leyes mucho más laxas con respecto al patrimonio en el que varias asociaciones profesionales, gubernamentales y privadas, han conseguido regular la práctica en unas condiciones mucho mejores que las nuestras. También sufren, pero de forma distinta. No nos ponemos de acuerdo y seguimos actuando como una profesión cainita, donde es imposible llegar a nada.

A donde tenemos que llegar es a la sociedad, pero con una imagen radicalmente distinta a la que se transmite. No hablemos ya de lo que se percibe. Sin entrar a criticar nuestra pasividad ante la pseudoarqueología, nuestra oferta alternativa es escasa, elitista y mediocre. La sociedad es compleja, y también formamos parte de ella. Cuando entro a un museo o voy a un yacimiento arqueológico, lo hago con ojos de ciudadano y no me gusta lo que veo. No me emociona, ni me atrae. Es más, cuando miro con ojos de arqueólogo tampoco me suele gustar. ¿Tan mal lo estamos haciendo?

Puede que no sea una cuestión del bien y del mal. El problema es que lo hacemos para nosotros y ese nosotros a veces se queda mi. Yo el primero. Escribo para mi, aunque a veces me entiendan los demás, pero soy consciente de que muchas de las cosas que digo están tan en-

tre líneas que sólo las leo yo. Imaginad lo que pasa cuando en vez de hablar de la crisis de la arqueología hablamos del Paleolítico. Nadie lo entiende si no está en la materia. Faltan comunicadores, gente que sepa transmitir nuestro trabajo. Porque es apasionante, pero a veces tenemos que orientar el mensaje. Muchos critican la vulgarización, pero hay muchas formas de vulgarizar. A mi me gusta. Mi abuelo y mis padres no necesitan saber muchas cosas, y los niños tampoco. Lo que hay que sembrar es la semilla del interés y eso no se consigue con dataciones calibradas sino con sentimientos. Historias que lleguen a la gente con conceptos básicos. A partir de ahí profundizaremos.

Suelo recordar a menudo ese chiste de Forges en el que unos ancianos critican la formación técnica de unos arqueólogos en una obra. Para poder llegar a eso, primero hay que saber qué es la arqueología y cómo fue la Prehistoria. Un trabajo arduo que se consigue en el aula, pero también en los medios. ¿Es eso vulgarizar? Vulgaricemos.

Porque el futuro de la arqueología pasa irremediabilmente por el valor social. Si la gente no tiene la necesidad de arqueología, no habrá arqueología. Hoy, la gente no tiene esa necesidad y vivimos de la herencia de otros tiempos. La sociedad paga y no disfruta. Ese es el primer fallo, el mayor fallo.

Esto es un foro y debe fomentar el debate. Si de mi dependiera no se volvería a excavar un solo yacimiento, salvo de forma preventiva, hasta que todo el conocimiento que no hemos generado en los últimos 25 años salga a la luz. Es inaceptable que los libros de historia sigan mintiendo a los estudiantes porque no queremos (es una cuestión de voluntad) transmitir el conocimiento. Esto es una acusación. Y el que se sienta aludido está tardando mucho en hacer su parte. Tengo un libro de Historia de 1935

con el mismo mensaje que los que yo usé y los que usan hoy. La única novedad es Atapuerca.

Todo está relacionado. Si un niño no aprende a valorar su patrimonio, seguramente nunca lo haga. Ese niño algún día votará a políticos que recibieron su misma educación o trabajará en profesiones que afectan gravemente al patrimonio. Ese niño nació hace 50 años y nacerá dentro de 50 años. Ese niño preferirá creer las ocurrencias de Giorgos Tsoukalos o sus múltiples versiones cinematográficas porque no tiene alternativa. Porque la única alternativa que ha planteado el Canal Historia (*Arqueólogo por un día*) recibe las críticas de un sector que ni siquiera lo ha visto. Nos gusta criticar lo que hacen los demás, pero nosotros no hacemos nada.

Como decía al principio yo no hago arqueología, o al menos de una forma tradicional, pero

eso no quiere decir que esa forma tradicional de arqueología deje de practicarse. Es necesario que alguien estudie cerámicas, procesos productivos o cambio social, que mida los talones en las lascas, inventaríe las hachas y hagan una tipología de porcelanas. Si no tenemos materia prima, no podemos hacer nada más. Este alegato es por una arqueología diferente, transdisciplinar, que vaya más allá de los yacimientos y los objetos, incluso de las sociedades del pasado. Que llegue al presente. Un alegato para que todos miremos más allá de las piedras y algunos se preocupen por ese más allá mientras los demás siguen haciendo lo de siempre, pero con el compromiso de que llegue a algo.

Compromiso es la palabra con la quiero concluir este texto, porque sólo con el compromiso de todos vamos a ser capaces de sacar adelante nuestra profesión.